

Cartas

La náusea

No discuto que no haya algún que otro pillo profesional entre ellos. Pero la mayoría de los que conozco no han hecho otra cosa que trabajar como mulas. Ahora, cuando pintan bastos en la economía, los bancos, una vez que ya se han servido de ellos y no les queda más donde estrujar beneficio, les están dejando con una mano delante y otra atrás. Son el escandaloso «índice de morosidad» nacional, esto es, los chivos expiatorios de los desequilibrios que otros han provocado.

Un país en el que la institución que más manda es la bancaria, mal va. Mil veces mejor sería que mandase el sentido común, léase el capital industrial, produciendo riqueza, empleo, prosperidad y progreso, que no el capital financiero, que sólo hace florecer especulación pura y dura. Ahora, en época de aflicción económica, los bancos se apresuran a alimentar a una siniestra pléyade de carroñeros desalmados que pululan entre los altos despachos bancarios y los juzgados, amasando fortunas aprovechándose del infortunio y la desgracia ajenos.

Son la náusea abominable del capitalismo salvaje, el moderno becerro de oro que ha reducido todas las ideas y valores del género humano a la maquinaria diabólica de los tipos de interés compuesto. No hay cultura más «exitosa» que la del «pelotazo», ni ética más infalible que la del culto al dinero: «tanto tienes» (no importa la procedencia), «tanto vales». Pobres de nosotros.

Cada vez que una pequeña empresa se declara en quiebra o algún ciudadano no consigue juntar el dinero suficiente para pagar los intereses de los intereses de la letra del piso, alguien en algún oscuro despacho ejecutivo empieza a frotarse las manos. Tal es la radiografía crítica y certera de nuestra sociedad, aquí y ahora. El dolor ajeno —la codiciada «carroña»— es la inversión más segura y rentable. Sin otro esfuerzo que el de estar bien «conectados», los carroñeros

se inflan a ganar millones. Les sobra «carnaza».

Horreur. ¿Quién fue el insensato que dijo que ya no quedan sectores sociales por evangelizar, que ya todo el mundo ha oído hablar de la buena nueva de la salvación? Como titu-

lares de un tesoro en los cielos, felizmente a salvo de las arbitrarias normas —el siniestro rodillo universal— de los amos del imperio monetario, propongo emprender una acción evangelizadora específica con esta clase de ciudada-

nos, los pobres especuladores, cuyas cuentas corrientes florecen como la espuma, pero que siguen careciendo del único capital que no se compra con dinero ni sobre la desdicha de los demás. Hablo de la salvación en Cristo. He leído que muy de vez en cuando, alguno de ellos se convierte. Cuando esto ocurre, dicen que la creación entera toca las campanillas.

Manuel López.
Periodista. Director de
Foto Profesional.



Rosa Valverde